

Félix A. Núñez

## Confesión filosófica

(Discurso de incorporación de don Enrique Molina a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile)



I hubiera que espigar en la vida profunda de nuestra América, todavía desarticulada, pero llena de geniales fulguraciones, sus «Momentos estelares» al decir del malogrado Stephan Zweig, sin duda habría que recoger conmovidamente éste en que don Enrique Molina en la cima de su capacidad pensante y de su múltiple obra de creación, con la serenidad, la dulzura y la majestad de todas las cumbres, recoge y concentra en unas escasas páginas—como un ardua miel de un difícil Himeto—las reflexiones de una vida entera dedicada a meditar sobre las cuestiones últimas y el sentido de la vida y a educar generaciones con el dechado de su personalidad a la vez batalladora y tranquila, suave y recia.

No parece sino que el maestro hubiera querido presentarse a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile como diciendo: «Yo digno soy de ti. Si la

Filosofía es síntesis de saber, haré una síntesis acabada de esa síntesis». No otra cosa significa esta pieza admirable, que es mucho más que un magistral discurso académico. Allí convence y conmueve la sinceridad del tono, el estilo sencillo y familiar, como en los antiguos diálogos griegos o en Renan, se eleva insensiblemente hasta lo sublime; centellean sin esfuerzo las imágenes; se acuñan en giros lapidarios las máximas profundas; se articulan los conceptos en sólida y primorosa trabazón dialéctica; y sobre todo este estupendo logro expresivo se alza finalmente como inestimable coronación viva, el sentido ético del «valor» tan fundamentado en la imponderable construcción de las ideas, que se diría hundiendo en el agua del cielo nocturno una infinita raíz sideral.

«Me parece — dice en el más tenso pasaje de su disertación — que lo que con mayor certidumbre es propio de nuestro espíritu consiste en ir alcanzando culminaciones, en ir manifestándose en realizaciones de la mayor intensidad. Me imagino esto como asomarse a cumbres en que el espíritu llega a expresarse, a ser todo lo que puede ser». Se advierte que no estamos aquí frente a una confesión literaria al estilo de Rousseau. De individualizarla con otro carácter que el de «filosófica» que su autor le ha señalado, deberíamos decir que es una confesión «mosaica». Su autoridad moral, su esencial depuración le confieren este rasgo de la grandeza. Habla aquí el maestro y el pensador, el filósofo y el hombre de acción, refundidos

en uno de esos caracteres que muy a lo lejos se amasan y acrisolan en el seno de las sociedades humanas.

Para el maestro asomarse a esa cumbre no sólo representa tejer en las alturas de su meditación la corona de estrellas con que la cifra. Le basta mirar sencillamente en torno suyo la ciudad universitaria de Concepción, espectáculo de mundo creado en que a escasos espíritus les ha sido posible culminar.

Si se nos preguntara cuál es la nota auténticamente personal del pensamiento de don Enrique Molina, no vacilaríamos en contestar: la humanización de la filosofía. Si ésta se ha intentado antes, nadie la ha realizado como él con tanto sistema y plenitud. Tal humanización dista mucho de las revoluciones «copernicanas» de Sócrates, Kant o Husserl. Ni niega el ser ni la posibilidad de conocerla. Por el contrario, busca en el sustrato y la atmósfera del Ser, en la substancia primera y última, los recursos vitales de que se nutre el Espíritu, suprema corola del proceso creador de la Naturaleza, de la «evolución creadora» despojando a esta expresión dichosa de su sentido bergsoniano.

Penetrado de intención moral, lo que seguramente lo acerca a Sócrates, los epicúreos y los estoicos a quienes ha rendido un magnífico tributo de admiración en uno de sus mejores libros, don Enrique Molina no desdeña la especulación metafísica, a la que atribuye un valor absoluto en cuanto vivencia del filósofo. Nada más impresionante y más bello que este pasaje de su «Confesión»: «Cabe que se deduzca de lo expresa-

do que la filosofía no conduce sino al conocimiento de vaguedades. Sin aceptar por completo tal impugnación y sin dejar de rendir un merecido homenaje al valor de la exactitud en todo orden de estudios, entendámonos sobre esto de las vaguedades. ¿Hay algo más imposible de reducir a datos precisos que la vida misma? El fluir de la conciencia en la vigilia no es más que una corriente de sensaciones, percepciones, emociones y sentimientos que no están exentos de vaguedades. Nuestros momentos de mayor plenitud psíquica se substraen sutilmente a todo cálculo y a toda expresión en términos precisos. ¿Cómo conocer el amor, el entusiasmo, la inspiración, la gratitud, la satisfacción de hacer el bien, el placer, también el dolor, sino experimentándolos? El alma sabe de estas cosas, no por medio de números, sino siendo ella misma a la vez surtidor y objeto que se baña en la linfa de su fuente. ¿Conocéis en su realización definitiva, en la forma en que llega a los oídos del escuchador, algo más distante que la música de una expresión conceptual, algo que esté más entregado que ella al imperio de las vaguedades? ¿Conocéis así mismo cuán grande es su embrujo? ¿Por qué esto? ¿Se trata acaso del simple efecto de la armonía sonora? Para mí que en el sortilegio de la música hay algo más hondo. La armonía de los sonidos no es más que la voz mágica, venida de los más profundos senos de lo vital que nos abre las puertas del Ser, cerrado en su íntima esencia a formas discursivas. La música, la verdadera música

nos transporta al centro de una de las formas del misterio y así vierte sobre nuestro espíritu su virtud de apaciguamiento y su don de goces superiores. El misterio deja de inquietarnos por instantes, porque pasamos a sentirnos en medio de él. Nuestro afán de conocer se transforma y satisface en un acto gozoso de vivir.

«Por otros caminos, es regalo del místico llegar a intuiciones análogas, más cálidas, más teñidas de afecto, en que el Ser se define en divinidad.

«Así también los problemas filosóficos constituyen un mundo que, aun sin lograr en su indagación conclusiones exentas de dudas, con adentrarnos y permanecer en ellos nos permiten vivencias que por otros lados sólo se alcanzan tal vez en las formas superiores de la religión y del arte: nos permiten acercarnos a vislumbres de lo trascendente, intuir por momentos la esencia de lo eterno».

Vislumbre de lo trascendente, intuir por momentos la esencia de lo eterno... ¿Es que humanamente se puede pedir algo más a la metafísica? ¿Cabría exigir algo más al arte, a una sinfonía prodigiosa o un poema extraordinario? A cambio de la «filosofía eterna», el autor nos ofrece de este modo la eternidad de la filosofía. Pero hay algo más, muy importante: no es ya la afirmación del Ser, que podemos al menos vislumbrar, en una vivencia intuitiva, sino además la afirmación del Espíritu como una función del Ser. Y qué función. Oigamos al pensador: «De entre las funcio-

nes del Ser al hombre le cabe una específica: la espiritual. Esta es para él una dimensión propia. Todo lo material lo encuentra el hombre hecho, sin perjuicio de que en su reino terrestre pueda llevar a cabo en este orden transformaciones y progresos estupendos. También encuentra todas las formas de vida vegetal y animal y se ha mostrado hasta ahora fuera de su poder reproducir la más insignificante de ellas y, más aun agregar una nueva. Pero le queda una rica recompensa, le queda el espíritu. Al revés de lo que pasa con la materia y la vida, sólo lo espiritual no se halla definitivamente hecho y espera para su alumbramiento que nosotros lo vayamos realizando».

Es decir, el Espíritu, en potencia en el Ser, está condicionado en cuanto acto por la existencia humana (o alguna análoga posible). «Nos parece lo más plausible concebir el espíritu sin hipostasiar en él una substancia, como en potencia en la del Ser, y desdoblándose de él, para realizar a través del hombre». Esta ha sido ya la tesis fundamental de ese gran libro del maestro: «De lo Espiritual en la vida Humana». Allí leemos: «Lo espiritual existe y existirá mientras haya vida humana como una función de nuestro Ser, función que supone la actividad orgánica de la substancia primitiva, llámese cuerpo, materia o como se quiera. Lo espiritual no es principio, sino un resultado que a la vez se convierte en causa. No es la causa eficiente de nuestras creaciones sino la flor de nuestra actividad creadora que en forma concreta se in-

corpora en obras y en forma abstracta en valores. Suponiendo aún que existiera el espíritu universal de que hemos venido ocupándonos, éste no se manifestaría para nosotros sino por medio del hombre y a través del hombre. (De lo Espiritual en la vida Humana, página 153). Y más adelante: «La ejecución de obras bellas, la busca de la verdad, el cultivo de los sentimientos de bondad, de justicia, de amor; el enriquecimiento de los conceptos correspondientes a ellos y su incorporación a instituciones que mejoren la vida y alivien el dolor, los actos nobles y heroicos, la práctica de las más modestas virtudes: estas obras y creaciones constituyen la realidad del Espíritu». (Obra citada, página 160).

De esta manera la interrogación ontológica se resuelve en un monismo que concilia la clásica antinomia de espiritualismo y materialismo y en que el acorde fundamental es lo humano. Declaremos de una vez que esta confesión y esta filosofía se ciernen a una altura tan considerable que semeja una maravillosa sinfonía en que se armonizan dentro de un concepto de sublimada humanidad, todas las oposiciones ideales. Lo que ya hemos examinado en relación con la substancia se extiende a todos los órdenes y campos de la filosofía: lógica, metafísica, moral, axiología. La primera queda enjuiciada en las primeras líneas de esta «Confesión». «Constituye el instrumento para llegar a conocimientos substantivos». Pero inmediatamente el maestro echa de menos en ella, el calor humano y dice:

«Es como adiestrar en el empleo de un complicado servicio de mesa en que no se come ni se sirve nada». Asimismo lo que pone el acento final sobre el problema moral de la libertad es en definitivo el sentimiento de la dignidad del espíritu humano, más que una conclusión meramente dialéctica. «Entiendo que la vieja controversia entre determinismo y libertad se halla superada. Se han presentado cosas como opuestas los que no son más que dos momentos sucesivos de un mismo proceso. Los motivos determinantes constituyen los antecedentes necesarios del acto en que la voluntad se decide por el que prefiere. Si así no ocurriera sería un espíritu loco. La quiddidad o esencia de la voluntad es ser resorte espontáneo capaz de elegir entre dos o más alternativas. Aun cuando obra bajo la garrra de una propensión irresistible su quiddidad no la abandona. El prisionero que labora bajo el látigo en un campo de concentración oye la protesta de su libertad interior. Pero no deja de sentirla también el hombre cuando el amo no está afuera sino que es un espectro seductor dentro de sí mismo. Quien cede a las tentaciones del alcohol, del juego o de la sensualidad sabe perfectamente al tiempo de caer que en ese instante es víctima de los encadenamientos de su vida anterior. Puede serlo también de una herencia fatal. Aun cayendo tiene la sensación de la libertad que pudiera ejercitar si fuera otro su destino. Esa es su esencia, su quiddidad. La educación moral consiste en una serie de prácticas encaminadas a la formación del



carácter y para que sean eficaces tienen que poseer virtud determinante. Otro tanto ocurre con el que busca en las prácticas de la austeridad y el ascetismo el perfecto dominio de su espíritu. Pronunciamos sólo una aparente paradoja si decimos que en la educación aplicamos el determinismo para hacer obra de libertad».

Amor y muerte, optimismo y pesimismo, acción y contemplación confluyen por esta vibración superior del espíritu en admirable contrapunto.

«La síntesis armónica y fecunda de la acción y de la contemplación se encuentra aún en la labor realizada con lo que podría llamar «deleite constructivo».

¿No realiza el propio pensador esta síntesis armónica?». «Crear con alegría» fué la fórmula de d'Annunzio, por más que su obra más parece un crear con fiebre. Tratándose de don Enrique Molina, «deleite constructivo» tiene más su estilo propio. Algo de la apolínea «soprosine» enriquecida con su permanente gesto humano de «hacer».

Lo que hasta aquí hemos comenzado posee un valor teórico y especulativo de primer orden. Pero circunstancias históricas relevan el acontecimiento.

¿No debemos considerar un prodigio del Espíritu que en medio del caos, el desconcierto y la tragedia de la hora presente se alce en un rincón de la América Española esta vez pura, fulgurante y casta que viene como de otro mundo y otra realidad?

La tarde que oímos esta «Confesión filosófica» fué también de «culminación» dentro de nuestro anónimo

carácter de contempladores del pensamiento profundo. La propia figura al par quijotesca y equilibrada del maestro, su voz cálida y firme, su cabeza enblanquecida en las lides de la cultura, la atmósfera de serena y comunicativa alegría, que es como el logro supremo de esa vida, contribuían a realzar esa fiesta del Espíritu. La disertación se desenvolvía con acentos poemáticos como una sinfonía astral. Y nuestra alma sentía, con los ojos de la imaginación cegados en un deslumbramiento cósmico, que nunca había volado tan alto.

Concepción, 13 de marzo de 1942.